

## CONTINUIDAD Y DESARROLLO COMO DONES DEL ESPIRITU SANTO UNA VISION ORTODOXA\*

### 1. LA IMPORTANCIA DE LA PNEUMATOLOGIA HOY

De todos los temas de teología cristiana, dentro de las diferentes tradiciones, el del Espíritu Santo puede muy bien ser visto como el más eludido y uno de los más difíciles. ¿Cómo puede hablarse adecuadamente del único poder que permite un auténtico discernimiento, y hablando además de Dios? ¿Cómo se puede evitar reducir el Espíritu de Jesucristo crucificado y resucitado a un mero *item* en un catálogo de la historia de las ideas? ¿Cómo puede, finalmente, el Espíritu Santo ser aislado de la comunión divina de las otras dos personas de la Trinidad?

Estas son las primeras preguntas que surgen en las mentes de los teólogos cuando la interpretación total pneumatológica para la vida eclesial y el mundo se convierte en un proceso de desarrollo, y al mismo tiempo que el Espíritu Santo sigue actuando y enriqueciendo nuestra sociedad pluralista viva. Durante las últimas décadas ha existido un particular inte-

\* Traducción española del original inglés por la Dra. R. M<sup>a</sup> Herrera García. Universidad Pontificia de Salamanca

rés en el Espíritu Santo o en la pneumatología en general, en diálogos y discusiones bilaterales y multilaterales así como en el Consejo Ecuménico de las Iglesias y en el Movimiento ecuménico como un todo debido a los preparativos para la próxima Séptima Asamblea, cuyo tema central es «¡Ven, Espíritu Santo! Renueva toda la Creación».

Hoy nosotros somos también testigos de la aparición de muchas y diferentes formas de experiencia del Espíritu Santo. Están vinculadas a un profundo cambio en el modo en que el pueblo cristiano vive hoy o intenta cambiar los modelos y estructuras de vida en nuestro tiempo. Por otra parte es verdad que el llamado mundo cristiano contemporáneo ha acabado con las expresiones históricas de la sociedad cristiana, incluyendo las profundas experiencias litúrgicas y doxológicas en la vida interior de la Iglesia, hasta un punto que va más allá de la esperanza de restauración. La teología occidental, en particular, ha minimizado el acontecimiento de Pentecostés e intentado referir todo hacia el acontecimiento pascual, hacia la cristología. No obstante, una teología mutilada de ese modo no puede ser verdaderamente efectiva. Sin la acción del Espíritu, Jesús no puede mover a los hombres de hoy como hizo con aquellos que lo escucharon y lo siguieron. Si esto fue cierto entonces podemos tomarlo como verdadero para todos los tiempos; el hecho de la acción del Espíritu debe haber existido desde el principio. La teología contemporánea no ha reconocido todavía su importancia ni se le ha dado su lugar verdadero en cada vida cristiana.

## 2. LA IGLESIA EN RELACION CON EL ESPÍRITU SANTO

La Iglesia es la comunidad humana y divina en la que todas las cosas han sido hechas por el Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo. Una comprensión cristocéntrica de la Iglesia como «el cuerpo de Cristo» no contradice su carácter trinitario; porque Dios Padre «es quien llama a la comunión

con su Hijo» y «nadie puede ir hacia él si el Padre no lo llama» (cf. Jn 6,44), mientras que el Espíritu Santo actúa durante la encarnación del que es Hijo y Palabra de Dios y construye el cuerpo de la Iglesia «que es el cuerpo de Cristo».

Vinculado al misterio de la Iglesia está el misterio de Cristo y el misterio de Pentecostés. El hecho de que la Palabra de Dios «nació del Espíritu Santo y de la Virgen María» y el hecho de que el Paráclito ha sido enviado en Pentecostés indican claramente que «donde están el Padre y el Hijo allí será visto el Espíritu Santo...»<sup>1</sup>. Este vínculo indisoluble entre Hijo y Espíritu Santo en el misterio del plan de salvación de Dios –la «divina economía»– en Cristo vincula firmemente la ontología cristocéntrica de la Iglesia con la dimensión pneumatológica de la Iglesia, de ahí que la tesis de san Ireneo de que «ubi Ecclesia, ibi Christus» sea completada por su tesis «ubi enim Ecclesia, ibi et Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia»<sup>2</sup>.

Este vínculo interno entre cristología y pneumatología es un lugar común no sólo en la tradición patristica, sino también en la totalidad de la experiencia sacramental de la Iglesia, especialmente en los sacramentos del Bautismo, Confirmación, Eucaristía y Orden. No obstante, la distinción que puede existir entre cristología y pneumatología, no debe afectar a la armonía existente entre los misterios de Cristo y Pentecostés, centrales los dos para una realización auténtica del misterio de la Iglesia en la historia de la salvación.

La afirmación unilateral de la teología escolástica de la tesis de san Ireneo «ubi Ecclesia, ibi Christus» dió origen a las tendencias cristomonistas de la teología occidental dado que «donde está la Iglesia, allí está el Espíritu Santo». La inclinación protestante en relación con la tesis de san Ireneo a leer «ubi Christus, ibi Ecclesia» separó la cristología de la clesiol-

1 S. Basilio, *Carta a Serapio*, 23; PG 26, 584 ss.

2 S. Ireneo, *Adv. Haer.*, III, 24.1.

gía patristica, que comprendía la Iglesia como el «cuerpo de Cristo» unido por el Espíritu Santo en la historia de la salvación; porque, según san Basilio, «el que nos convierte en un único cuerpo y nos ha hecho renacer, el único y mismo Espíritu»<sup>3</sup>. El envío del Espíritu Santo tiene que ser comprendido en razón de este vínculo indisoluble entre cristología y pneumatología, porque si el Espíritu no hubiera estado presente, no se habría constituido la Iglesia»<sup>4</sup>.

Esto no significa, naturalmente, que la ontología cristocéntrica de la Iglesia como el cuerpo histórico de Cristo quede suprimida, sino que la unicidad de la misión del Espíritu Santo en la constitución de este cuerpo es rectamente ensalzada; porque «por medio de él somos llevados a ser hijos y, por así decir, somos recreados desde abajo; somos liberados de la pesada y desagradable carga de nuestros pecados, y la fuente y dones de revelaciones y talentos para la curación, y todas las cosas buenas que suelen adornar a la Iglesia de Dios, son otorgadas desde arriba»<sup>5</sup>. La procedencia de los muchos y diferentes dones de la gracia divina sigue siendo la obra salvadora de Cristo, pero la participación en ella, es obrada por el Espíritu Santo, que «consolida a la Iglesia como institución» y derrama vida en todo el cuerpo de Cristo.

Por lo tanto, si la Iglesia debe ser una prolongación de Cristo (*Christus prolongatus*) a través de los tiempos y una especie de Encarnación permanente de la Palabra de Dios, entonces se tiene una mejor comprensión del papel del Espíritu Santo en la obra de construcción y derramamiento de vida en el cuerpo eclesial, a través de la vida en Cristo, puesto que «nadie puede decir “Jesús es Señor” sino en el Espíritu Santo (1 Cor 12,3). La promesa del Señor de enviar el Paráclito, el Espíritu de Verdad, que los guiará «hacia toda verdad» no es

3 S. Basilio, *Carta Eunomio*, 3,4; PG 29, 664.

4 S. Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Pentecostés*, 3,3,4; PG 50, 457-459.

5 *Ibid.*, 2,1; PG 50, 463.

irrelevante para el papel del Espíritu Santo en la construcción, vivificación y vigorización del «cuerpo de Cristo».

La gracia derramada por los sacramentos es preminentemente la obra del Espíritu Santo que edifica a la Iglesia. Tertuliano menciona de modo característico que «el cuerpo es lavado para que el alma pueda ser hecha santa; el cuerpo recibe un sello para que el alma pueda ser fortalecida; el cuerpo es cubierto por la imposición de las manos para que el alma pueda ser iluminada por el Espíritu Santo; el cuerpo como la carne y la sangre de Cristo para que el alma pueda ser alimentada piadosamente...».

### 3. LA COMUNION (KOINONIA) DE LA HUMANIDAD CON DIOS EN EL ESPÍRITU SANTO

El amor de Dios, escribe el apóstol Pablo, ha sido derramado en los corazones de los creyentes por medio del Espíritu Santo (Rom 5,5). San Basilio observa que la creación no recibe ningún don sin el Espíritu Santo<sup>6</sup>. «No a través de un pensamiento racional», escribe san Gregorio Palamas en la misma línea, «sino mediante el Espíritu Santo dentro de nosotros, podemos nosotros realizar la experiencia de amor y dones que él derrama»<sup>7</sup>.

El Espíritu Santo habló a través de los profetas de Israel y preparó el camino para la llegada de Cristo. La forma mayor y final de la revelación divina, la Encarnación del Logos de Dios que deificó la naturaleza humana, fue llevada a la plenitud por el Espíritu Santo. Finalmente, en el Espíritu Santo Cristo permanece en la Iglesia después de su Ascensión para siempre.

6 S. Basilio, *Sobre el Espíritu Santo*, 24,55; PG 32, 127B.

7 S. Gregorio Palamas, *Defense of the Hesychasts*, 2,1,28: *Works* 1, 489. Véase también 1 Cor 2,12.

El Espíritu Santo actuando en la Iglesia «no habla de Sí mismo», sino que recibe de Cristo y transmite a la humanidad lo que ha recibido (cf. Jn 16,13-14). El Espíritu de Dios residiendo en los Espíritus de los seres humanos los hace partícipes de la gracia de Dios. Como san Gregorio Palamas reafirma claramente, esta participación Dios-humanidad llega a ser como «la luz del ojo que se une con los rayos del sol, luz presente y que por lo tanto ve las cosas sensibles. De modo similar el intelecto se convierte en “un Espíritu con el Señor” y percibe claramente las realidades espirituales»<sup>8</sup>.

Además, esto hace posible el verdadero culto y adoración de Dios. El culto «en espíritu y verdad», como fue proclamado por Cristo (Jn 4,24), no es una manifestación espiritual abstracta por parte de la humanidad. Según la tradición ortodoxa, el Espíritu de Verdad, por medio del cual se da culto a Dios, es una hipóstasis específica del Dios trinitario: la Verdad es el Hijo único del Padre que se encarnó, y el Espíritu es la tercera persona de la Trinidad<sup>9</sup>. El camino de la doxología y la teología lleva en el Espíritu Santo por medio del Hijo hacia el Padre. A la Luz del Espíritu Santo, la humanidad contempla la verdadera luz de Dios<sup>10</sup>. La orientación del creyente hacia el Padre y su deificación es la obra común de la Trinidad, realizada por el amor del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

#### 4. LOS FRUTOS Y DONES DEL ESPÍRITU SANTO

San Cirilo de Alejandría señala: «Todo procede del Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo»<sup>11</sup>. En otras palabras, to-

8 S. Gregorio Palamas, *Defense of the Hesychasts*, 1,3,17: *Works* 1,427.

9 S. Gregorio Palamas, *Natural Chapters*, 59; PG 150, 1164BC. Véase también *Homily* 19, PG 151, 257B-260A; *Defense of the Hesychasts*, 2,1,11: *Works* 1, 493.

10 Cf. Sal 35, 10; véase también S. Basilio, *Sobre el Espíritu Santo*, 18,47; PG 32, 153AB.

11 S. Cirilo, *In Lucam hom.*, 81, PG 72, 704; *In Ioannem*, 1,5.

do lo que sucede al alma humana es el resultado inevitable de la acción conjunta de la Trinidad, pero la acción que afecta al alma cristiana directamente y que incluye la actuación total del Padre y el Hijo, es precisamente «en el Espíritu Santo». El Espíritu Santo no habla por su propia iniciativa, como dice la Escritura, «porque él no hablará con su propia autoridad, sino que hablará lo que escuche» (Jn 16,13). Su función total es transmitir la acción del Padre y del Hijo. Es el Espíritu Santo el que hace a Cristo y todo lo que es de Cristo, ya sea muerte, resurrección o vida, todo lo nuestro que está dentro de nosotros y que es nuestra propia posesión. Por Él, también, por medio de Cristo somos hechos hijos del Padre y llevados bajo Su autoridad, amor, guía y todos sus otros dones.

Si nuestras vidas evidencian la eficacia de la muerte voluntaria de Cristo y de su resurrección, en la que él sometió la muerte y este mundo y también de la eficacia de esta vida, limitada por la muerte, podemos estar seguros de que el Espíritu Santo actúa dentro de nosotros y planifica efectivamente la voluntad del Hijo.

No obstante, el Espíritu Santo dirige también su actividad mística a la mente humana, ungiéndola racionalmente por medio de la Palabra de Dios, iluminándola de este modo. La mente se convierte en compañera en el discernimiento de la acción de Cristo que el Espíritu Santo ha traído hasta el corazón y la consciencia. De este modo es el Espíritu Santo el que unge la mente y el corazón como con una unción espiritual que lleva la impronta, sello e imagen de Cristo: «En él también vosotros que escucháis la palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación en el que habéis creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Ef 1,13). Todo esto significa que el Espíritu Santo se encarga de ponernos en posesión de nuestra herencia, que es Cristo y todo lo que él hizo por nosotros. Esto tiene lugar en lo más profundo de nuestro nuevo ser espiritual, donde somos sellados con una imagen viva que no puede ser borrada. Por esto el Espíritu

Santo es llamado «el Espíritu de Cristo en nosotros» (cf. Gál 4,6).

De este modo, el Espíritu Santo nos lleva a nuestra herencia de adopción como hijos y hace a nuestros corazones sabedores de esto, impreso más fuertemente de lo que es la carne por el hierro de marcar, de tal modo que gritamos con plena certeza y audacia y llamamos al Padre con los labios de Cristo: «Abba, Padre». Por esto el Espíritu Santo es llamado «el Espíritu del Padre en nosotros» (cf. Mt 10,20) por medio del cual nos convertimos en hijos de Dios por adopción, y hermanos de Cristo por la gracia. Por lo tanto, sin el Espíritu Santo estaríamos perdidos y extraviados, lejos del amor del Padre y la gracia del Hijo, donde no existe ni redención, ni salvación, ni adopción, ni confianza, ni esperanza alguna.

Dado que el Espíritu Santo está presente en nosotros por medio de la vida sacramental, es necesario e imperativo que le demos una oportunidad plena para guiarnos en nuestra vida. En otras palabras, se le debería dar la libertad para actuar en nosotros sin obstáculos hasta que se alcance la plenitud. No obstante, mientras el Espíritu Santo permanece dentro de nosotros en virtud del sacramento según nuestra fe y doctrina, Dios en el Evangelio nos encomendó llenarnos del Espíritu. De ahí que, cada don de Dios otorgado libremente a nosotros por la fe se transforme en nosotros en un compromiso de perfeccionarlo en la acción. Y de este modo, cada gracia debe crear en nosotros más gracia hasta que se alcance la plenitud. Por lo tanto, cuando nosotros hacemos un lugar en nuestro corazón y en nuestra vida diaria para el Espíritu Santo, él a su vez hace un lugar dentro de nosotros para Cristo. Cristo se manifestó en sus santos hasta el punto de que ellos pueden participar de la plenitud del Espíritu preparando el corazón para que sea un hogar confortable para su residencia perpetua en orden a reconciliarnos y hacernos libres y partícipes de su gracia. Porque «...si vivimos del Espíritu, andemos también en el



Espíritu» (Gál 5,16, 24,25). «Porque los que son movidos por el Espíritu, estos son hijos de Dios» (Rom 8,14). Por consiguiente, los cristianos deben abandonar todo deseo, toda decisión y toda acción al Espíritu Santo que puede guiar toda nuestra vida, su pasado, su presente y su futuro, sirviéndose de nuestra debilidad y nuestra fortaleza, nuestro éxito y nuestro fracaso, nuestra salud y nuestra enfermedad, tras el propósito por el que «Cristo murió por nosotros y resucitó».

La venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés fue el comienzo de la historia de la Iglesia apostólica porque constituye el punto de partida del testimonio y la misión «pentecostal» de la Iglesia, un testimonio en la plenitud del poder del Espíritu Santo. A partir de ese día la Iglesia ha ido avanzando, extendiéndose y perviviendo bajo el liderazgo y la guía del Espíritu Santo, escribiendo su historia día a día con lágrimas y sufrimientos en su lucha contra el espíritu y los poderes del maligno o las fuerzas de este mundo. La Iglesia sigue así los pasos del novio que, después de quedar lleno del Espíritu Santo en el día de su bautismo, fue guiado por el Espíritu hacia el desierto para ser probado por el diablo.

Por consiguiente, todos en la Iglesia, todos los que han sido bautizados en Cristo y en la plenitud del Espíritu Santo, deben inevitablemente enfrentarse al enemigo en el desierto de su mundo mientras viven, aunque, como con Cristo, esta prueba tiene lugar bajo la guía del Espíritu Santo. Esto es así porque la verdadera adquisición por parte de la humanidad del Espíritu de verdad constituye una declaración de guerra al espíritu de la falsedad. «El Espíritu de verdad que el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce; vosotros lo conocéis porque permanece con vosotros y está en vosotros». (Jn 14,17).

Mientras tanto, Cristo por haber sido ungido y lleno del Espíritu Santo en el Jordán y por su victoria sobre Satán restauró a la humanidad su autoridad sobre el diablo y el poder del mal, y estableció de nuevo la armonía con las bestias de la

tierra y con toda la creación. Reconcilió también a toda la humanidad con los ángeles que en vez de seguir colocados, empuñando las espadas flameantes, para impedir a la humanidad el regreso al Paraíso, se convirtieron en espíritus enviados a aquellos hijos de Adán que estuvieran preparados para heredar la salvación. Como dice Clemente de Alejandría: «Los ángeles llegaron y lo sirvieron como verdadero rey de la creación»<sup>12</sup>.

Cristo describe la profundidad de la lucha que nos ha sido legada para que nosotros la emprendamos contra los poderes de la oscuridad en el mundo en el nombre de Cristo tras su Ascensión. Por esto envió Él el Espíritu Santo, el consolador: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros... y vosotros en mí y yo en vosotros... el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre ese os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,18-26).

Con estas palabras Cristo dio garantía plena de la victoria de todos aquellos que luchan por el reino de Dios, enviando al Espíritu Santo para confortarlos, mediante la enseñanza y el conocimiento de la verdad y reconciliación de las palabras del Señor como base para la lucha y el combate y como un arma esencial en nuestra larga contra los espíritus del mal en este mundo<sup>13</sup>.

Y así, desde el día de Pentecostés hasta el momento actual, el Espíritu Santo ha intercedido por nosotros en nuestra guerra y lucha, en nuestra tristeza y sufrimiento, con gemidos que no pueden ser pronunciados: «¡Ven, Espíritu Santo y renuévanos!».

12 S. Clemente de Alejandría, *Exc. Theod.*, 85.

13 Cf. 1 Cor 8,6; Rom 11,36; Col 1,16-20; Ef 1,10; 4,10. Véase también H. Biedermeann, *Die Erlösung der Schöpfung im Apostel Paulus* (Wurtzburgo 1940); A.D. Gallo-way, *The Cosmic Christ* (Londres 1954); F. Mussner, *Christus, das All und die Kirche* (Tréveris 1955); y también la excelente contribución de Y. Congar, *The Word and the Spirit* (Worcester, San Francisco 1986). 122-127.

El Espíritu opera en el mundo y para toda la humanidad mediante la acción. Su acción fluye hacia las acciones humanas, dándoles poder y haciéndolas verdaderamente creativas. Este es sólo el Espíritu que está oculto: revela el potencial cósmico y humano, imbuje a los agentes de la historia de poderes creativos y les permite convertirse en verdaderos agentes, no meros repetidores de algún impulso externo. La Historia contiene la ley y el orden, instituciones y tradiciones, la autoridad y el peso de los hechos. Pero también contiene revoluciones, el derrumbamiento de un tipo de orden y su sustitución por otro; contiene la realización de cosas nuevas, rupturas con la tradición y establecimiento de diferentes marcos de referencia que implican diferentes formas de experiencia. Cuando los pobres se hacen conscientes de su opresión, se unen para organizar sus fuerzas humanas y espirituales, rompen con los tabús que los mantenían sometidos, desenmascaran los estandartes con los que los estigmatizaban y denuncian proféticamente a aquéllos que los mantienen encadenados; cuando son obligados a utilizar la fuerza, algo que ellos no quieren hacer, se enfrentan a la violencia de sus opresores y los despojan de sus privilegios y de su injusta posición; cuando se llenan de imaginación creativa y planéan la utopía del mundo reconciliado en el que todos tendrán suficiente para comer y podrán aprovecharse de la liberalidad de la naturaleza, entonces podemos decir: el Espíritu está actuando aquí, siendo el catalizador de una situación conflictiva. Estos procesos históricos están cargados del Espíritu. El mismo Espíritu suscita líderes carismáticos que sostienen el entusiasmo y despiertan los poderes dormidos en cada uno. Así el espíritu creativo estalla en cada segmento de vida, en el poder del Espíritu Santo: en el liderazgo político, en la inventiva de la ciencia y las artes, en la originalidad mostrada por la gente al ocuparse de problemas de subsistencia, en la sensibilidad que conservan en medio de luchas letales y dramas fatales. El Espíritu adopta cien caras en todas estas situaciones; el

Espíritu que es llamado sin rostro: su rostro divino se revela a través del de la humanidad transfigurada que sufre injustamente.

El Espíritu Santo actúa en la multiplicidad de los seres humanos, especialmente de los pobres; su manifestación predilecta –el sacramento– está en comunión con los que siguen a Jesús. La Iglesia es precisamente el sacramento de Cristo y también el del Espíritu Santo.

## 5. LOS MARTIRES Y TESTIGOS COMO DONES PERMANENTES DEL ESPIRITU SANTO

Los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas de Pablo narran de manera especial las acciones maravillosas y los dones del Espíritu Santo. Jesús prometió que las palabras, con las que los misioneros cristianos tenían que dar testimonio cuando fueran llevados ante sus perseguidores, serían puestas en su boca por el Espíritu Santo (Hech 1,8; Mc 13,11). Esteban, el protomártir, se quedó extático bajo la influencia del Espíritu Santo; vió los cielos abiertos y a Cristo en pie a la derecha de Dios (Hech 7,55). El Espíritu del Señor guió milagrosamente a Felipe en su misión (Hech 8,29-39). El profeta Agabo, instado por el Espíritu, profetizó que habría una gran hambre (Hech 11,28) y que Pablo sería entregado en manos de los gentiles cuando llegará a Jerusalén (Hech 21,11). Y hoy, los «mártires» de fe contemporáneos, los pobres y los oprimidos, experimentan y dan testimonio proclamando a Cristo bajo la guía del Espíritu Santo. Y así están pidiendo la reconciliación con el resto de la humanidad y vivir los dones del Espíritu que los hace capaces de continuar su lucha por la renovación y transformación del mundo actual.

Así pues, la Iglesia y la comunidad cristiana es una comunidad del Espíritu que acentúa que la misión de la Iglesia santifica y renueva al mundo sólo por medio del Espíritu San-

to. El Espíritu nos hace vivir como hijos por nuestro seguimiento del Hijo encarnado, impidiéndonos olvidar las virtudes cristianas de sencillez, humildad, valor profético, voluntad de servir a los demás y estrechar la relación con el Padre que caracterizaba al Hijo mismo. La misión del Espíritu consiste precisamente en la actualización permanente del significado de la encarnación como un proceso por medio del cual Dios Hijo actúa en la historia con todos sus cambios y la convierte en historia santa, la historia de la bendita Trinidad. El Espíritu preserva la continuidad entre «ese tiempo» cuando el Hijo se hizo carne y el «hoy» de la historia. El significado pleno de la filiación divina y nuestra inserción en el misterio de la Trinidad todavía tiene que ser plenamente explicado. Es tarea del Espíritu desarrollar y realizar el significado humano y divino de este acontecimiento único tal como afecta a las diferentes culturas. El Espíritu tomará lo que es de Cristo y nos lo dirá (cf. Jn 16,14). Lo que es nuevo en la Encarnación del Hijo será mostrado sólo en la novedad de lo que llega de la extensión de la Encarnación de la memoria de Cristo en la profundización de la historia humana.

El mundo y su historia están inmersos en un proceso de liberación. Esto por Cristo y por nosotros, hombres y mujeres: por Cristo, dado que su Encarnación atrae el mundo hacia Él y su redención es cósmica. Pablo habla una y otra vez –y no sólo en las epístolas de la cautividad– sobre este aspecto del misterio de Cristo. Los Padres de la Iglesia enseñan que la crucifixión de Cristo apunta hacia esto y alaban la cruz como centro de todo. La ven como el árbol cósmico que une cielo y tierra<sup>14</sup>. Pero esto es también por nosotros, dado que el universo es uno y la humanidad es su fin. El mundo es elevado en él a la dignidad de persona y él mismo es un «microcosmos». De este modo, el destino del mundo está vinculado a la humanidad. Esto puede justificarse racionalmente. También

14 H. de Lubac. *Catholicism* (Londres 1950).

se encuentra implícito muchas veces en las Escrituras, por ejemplo, en Gén 3,17-18, Is 24,5-6, Jer 23,10. En Is 65,15-17 y en el libro del Apocalipsis existe una estrecha vinculación entre el «nuevo nombre» dado a los creyentes (Ap 2,17;3,12), la «nueva canción» que cantan (5,9-10) y el «nuevo cielo» y la «nueva tierra» y «todas las cosas nuevas» (21,1,5) que describía el Espíritu Santo como el agente de este proceso de renovación y transformación en algo nuevo, en una «nueva creación». Aquí como en cualquier otro lugar, entonces, la regla es «el ya pero también el todavía no». Esto significa que nosotros y nuestro mundo estamos sometidos a una norma de espera en esperanza y expectación –como dice Pablo tan enérgicamente: «*apokaradokia tes ktiseos*» –*expectatio creaturae*– el «impaciente anhelo» de la creación (Rom 8,18). La creación está de hecho en el presente «sometida a la futilidad», en otras palabras, a una condición de búsqueda que no tiene final y no puede tenerlo o está «impedida de alcanzar aquello hacia lo que tiende»<sup>15</sup>.

La experiencia cristiana de salvación y la ambigüedad de la realidad humana y cósmica se revela como arraigada en la oposición del pecado humano y los poderes del mal a la providencia de Dios en el mundo. Al mismo tiempo este mundo y toda la humanidad está siendo redimida, restaurada en su integridad y renovada. Para los cristianos, entonces, queda claro que el mundo no es totalmente autónomo, vinculado a sus propias reglas y determinación inherente sino que tiene que responder ante el juicio recto del creador y abrirse a su acción compasiva y misericordiosa. De este modo, a pesar de la ambigüedad experimentamos las cualidades esenciales de toda la creación, su unidad, integridad, bondad y libertad, como dones del Dios creador, sostenedor y santificador en un proceso que se desarrolla permanentemente.

15 A.M. Dubarle, 'Le gémissment des créatures dans l'ordre divin du Cosmos (Rom 8,19-22)', *Revue des Sciences Philosophiques et Religieuses* 38(1954) 445-465, esp. 456.

San Ireneo de Lyon utilizó para explicar la acción de Dios con respecto a la humanidad en relación con las otras dos personas de la Trinidad, la imagen de «las dos manos de Dios»: el Padre actúa mediante sus dos manos, su Hijo/Palabra y su Espíritu Santo. Las dos manos tienen igual fuerza e igual valor. Las dos actúan juntas pero no son idénticas; cada una tiene su esfera propia de actuación<sup>16</sup>. Una complementa a la otra y entre ellas producen un sólo resultado final.

El Hijo actúa por medio de la Encarnación; por su Encarnación el Hijo está presente en un único ser humano, elegido de entre muchos; presente en un lugar particular y en un momento particular de la historia de la humanidad. El Evangelio está dirigido a todo el pueblo de Dios, hombres y mujeres, y el Hijo genera actitudes significadas por palabras tales como: escucha, atención, seguimiento, imitación, obediencia. Existe una unidad que procede de la Palabra de Dios, que va al encuentro de la diversidad humana para integrarla y llevarla reunida a la unidad.

El modelo de la Iglesia como una comunidad que ha prevalecido en el mundo occidental desde la Edad Media y aún más desde el siglo XVI, tanto en su personificación católica como protestante procede de este Cristo considerado de manera aislada. Los protestantes obedecen a Cristo presente en la Palabra de la Biblia; los católicos obedecen a Cristo presente en la jerarquía y las estructuras. Finalmente, los ortodoxos conceden el papel predominante a la misión del Espíritu Santo que, no obstante, es tan importante como la misión del Hijo.

El Espíritu Santo no se ha encarnado en alguien individual, no se ha dirigido a una única persona ni a un momento particular en el *tiempo* o en *el espacio*. El Espíritu Santo ha si-

16 Esta imagen de las dos manos tiene un sentido metafórico y puede considerarse auténtica porque san Ireneo intenta dar una explicación imaginativa dentro de una interpretación teológica.

do enviado a todos los lugares y en todos los tiempos. Está presente en toda la humanidad, actúa en cada uno, cualquiera que sea su cultura o religión. Habita en la multiplicidad, toma parte en la diversidad, creando un «movimiento de comunión» (*kínesis koinonías*) y convergencia desde el interior de la inmensidad de la diversidad humana.

Existe otra diferencia. El Hijo se encarnó en una sola persona humana y de esta manera formó una persona perfecta, que supera con mucho a todos los demás seres humanos. El Espíritu Santo, por otra parte, existe en la imperfección de los individuos innumerables que buscan luz a través de la oscuridad que los rodea y liberación en medio del pecado que los acosa. El Espíritu Santo produce precisamente un gran movimiento de comunión y convergencia de una humanidad que está llena de pecado, corrompida, sometida al mal. El Hijo se encarnó en una persona que está ya al final de este movimiento, que anticipa la llegada de la nueva humanidad hacia la que es guiado por el Espíritu Santo y está construyendo su camino.

A pesar de las diferencias el Hijo y el Espíritu Santo actúan en perfecta armonía y sinfonía. Una amplia proporción de la humanidad está experimentando actualmente una crisis espiritual. De hecho, la gente está hoy asustada frente al futuro. Es un tipo de miedo que paraliza, y puede por ello paralizar a una persona. Este miedo toma diferentes formas: puede ser miedo de una pérdida personal, miedo de perder ciertos privilegios, miedo de aceptar la responsabilidad para con el otro a causa de los complejos problemas relativos a las relaciones personales y las consecuencias de verse implicado en ellos. Tenemos miedo de nuestras diferencias, ya sean de cultura, nacionalidad, sexo o raza. Tenemos miedo del conflicto, la violencia. Tenemos miedo de la vida misma. Las gentes a veces se sienten tan alienadas de sí mismas y del otro que no pueden y no quieren confiar en el otro. Son incapaces de abrirse y comunicarse con otras personas, de hacer frente a sus



miedos, de intentar superar su desconfianza del otro. Esta ruptura en la comunicación a causa del miedo tiende a deshumanizar al individuo hasta un punto de no regreso a la realidad y normalidad. Es la manifestación de una crisis de fe, de bancarrota espiritual.

El Espíritu es interioridad y libertad. Ha sido dado «en nuestros corazones». Lo visitamos como visitamos a un huésped delicado y amado en nuestras almas –*dulcis hospes animae*. Lo visitamos también, sin embargo, como el Creador –*Veni, Creator Spiritus*. En la liturgia lo vemos en la perspectiva de nuestra vida interior, espiritual<sup>17</sup>. Es el mismo espíritu que nos da la vida y nos hace capaces de actuar como hijos adoptivos de Dios (Gál 4,6; Rom 8,13-16). Puede hacerlo porque Él es el Espíritu del Hijo y el único que introduce al Hijo en este mundo en el seno de la Virgen María, la *Theotókos*. Nos hace capaces de estar de acuerdo con la vida filial de Jesús, vida en la que Jesús fue guía hacia una humanidad que es similar a la nuestra, como una perfecta expresión humana de orientación «hacia el Padre» («*pros ton Patera*») (1 Jn 1,1-2). Ignacio de Antioquía tenía esto en mente cuando escribió: «Ahora ya no hay en mí ni vida ni amor por la materia. Todo lo que está a la izquierda es agua viva, que murmura en mí y me dice: «Ven hacia el Padre»<sup>18</sup>. Esta vida como Hijo de Dios que viene «de arriba» (Jn 3,3) puede «saltar hasta la vida eterna» (Jn 4,14). Como hijos de Dios, somos herederos de Dios y coherederos con el Hijo (Gál 4,7; Rom 8,17). En el tercer artículo del credo de Nicea-Constantinopla en el que se habla del Espíritu Santo confesamos un solo bautismo para la remisión de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

17 Cf. Y. Congar, *The Word and the Spirit* (Worcester 1986) 126-127.

18 San Ignacio, *Rom.*, VII, 2. Para la vida filial véase Y. Congar, *I believe in the Holy Spirit* (Londres y Nueva York 1983) 104-106 y 217-218.

Nosotros podemos ver entonces que no existe ruptura sino un vínculo estrecho e íntimo entre el papel representado por el Espíritu Santo en nuestros corazones y su papel cósmico para toda la humanidad.

De este modo el mundo y su historia están inmersos en un proceso de liberación y libertad. Esto es así por Cristo y por su compromiso con la humanidad. Por Cristo dado que su encarnación eleva el mundo hasta él<sup>19</sup> y su redención es cósmica. San Pablo habla una y otra vez –y no sólo en las epístolas de la cautividad– sobre este aspecto del misterio de Cristo<sup>20</sup>. Los Padres de la Iglesia creían que la crucifixión de Cristo apunta hacia esto y alabaron la Cruz como el centro de todo. La vieron como un árbol cósmico que une el cielo y la tierra<sup>21</sup>. Pero también por nosotros, dado que el universo es uno y el ser humano es su fin. El mundo es elevado en Cristo por el Espíritu a la dignidad de persona y ambos crean un «microcosmos». De este modo, el destino del mundo está ligado al destino de los seres humanos. Por lo tanto, la historia es de modo inseparable cristológica y pneumatológica. Está llena de Cristo y del Espíritu. La plenitud absoluta que existe en Cristo se hace presente aquí y ahora y es plenificada por el Espíritu en nuestra historia en desarrollo y continuidad de los dones del Espíritu.

Esto es realizado por el Espíritu porque él primero llenó a Cristo y encontró en él total apertura al don de Dios, la promesa realizada a nuestros padres<sup>22</sup>. Por consiguiente, el Espíritu está también activo más allá de las fronteras visibles de la

19 Véase Cayetano, *Comm. in III*, a q. 1, a.1, n° VII: *Incarnatio est elevatio totius universi ad divinam personam* (la encarnación es la elevación de todo el universo a la persona divina). Véase también C. Journet, *L'Eglise du Verbe Incarnée*, vol. II (París 1951) 270.

20 Cf. 1 Cor 8,6; Rom 11,36; Col 1,16; Ef 1,10; 4,10; Véase también H. Biedermann, *Die Erlösung der Schöpfung beim Apostel Paulus* (Wurtzburgo 1940; A.D. Galloway, *The Cosmic Christ*, (Londres 1954); F. Mussner, *Christus, das All und die Kirche* (Tréveris, 1955).

21 Cf. H. de Lubac, *Catholicism* (Londres 1950).

22 Cf. W. Kasper, *Jesús the Christ* (Londres y Nueva York 1976) 267-268.

Iglesia y, para el mundo, la Iglesia es «el sacramento de Cristo» y su Espíritu. El Espíritu es, después de todo, el único a través del cual gritamos o grita por nosotros «Abba, Padre» (Rom 8,15; Gál 4,6)

GENNADIOS LIMOURIS (Ortodoxo)  
Consejo Ecuménico de las Iglesias  
Ginebra (Suiza)